

SOMBRAS CONTRA UBONGO

Francisco Javier Parera Gutiérrez

SOMBRAS CONTRA UBONGO

1.El palanquín de la jungla.

El calor tropical de la tarde acarició los gigantescos baobabs de grueso tronco y densas copas, lianas y la espesa maleza de aquella selva africana. Por un tortuoso sendero desfilaba una reducida comitiva de jinetes de raza negra que llevaban una palanquín. Los rudos soldados montaban sobre sólidos caballos mientras cuatro fornidos esclavos llevaban sobre sus hombros las barras del citado palanquín. Los guerreros tenían como indumentaria armaduras y telas de seda. Lanza en mano, no descuidaban su arriesgada tarea pues sabían que entre los árboles podían aparecer desde un salvaje león hasta un nativo de una tribu enemiga. Esta vez su misión era más delicada, pues en el interior del delicado palanquín había una dama de piel de ébano, con ricos vestidos de color púrpura. Su dorado brazalete de recargados grabados en su mano derecha delataba que pertenecía a una familia noble de aquella región.

Pronto avanzaron en un pequeño claro y se detuvieron unos minutos para secarse el sudor que se deslizaba en sus frentes bajo sus acerados cascos. De repente los componentes de la comitiva oyeron un grito que les dejó paralizados. No parecía venir de una garganta humana, pero tampoco no reconocían en él a las numerosas bestias que habían visto en su azarosa vida. Cuatro aves de exótico plumaje surgieron entre las ramas de los baobabs y, mientras volaban sobre las cabezas de los soldados, dejaron caer de sus garras unos pequeños sacos con un polvo plateado. Roció a unos jinetes. Inmediatamente desenvainaron las curvas espadas y el capitán ordenó que dejaran sobre tierra el palanquín con cuidado mientras unas avanzadilla rodearía la zona por unos posibles enemigos.

Entonces los individuos que tenían ese misterioso polvo sobre sus hombros empezaron a arder misteriosamente y se convirtieron en hogueras humanas entre alaridos de dolor mientras el resto sintió horror ante la inexplicable escena. Los cuerpos cayeron calcinados sobre la humedecida hierba.

Antes de cualquier contraataque, el lugar fue rodeado por unos guerreros de piel negra, cubiertos con pieles y armados con lanzas y escudos. Uno de ellos, el que dirigía a los asaltantes llevaba un larga corona de cuero y pequeñas plumas. Era alto y excesivamente corpulento, pero a pesar de su abultado tronco se movía con increíble agilidad. El capitán de la comitiva tembló al ver a aquel personaje de repulsivo aspecto. Tartamudeó la orden de ataque apenas perceptible para los oídos de sus soldados. Sin embargo del muro de vegetación surgieron unas cerbatanas y de ellas unos dardos. Tocaron puntos vitales de los guardaespaldas de la

dama y cayeron muertos sobre el barro e hierbas del suelo. La muchacha lanzó varios gritos desde el momento del primer ataque de las aves y cuando los forzadas manos de los nativos la tomaron como prisionera, se desmayó.

-La magia del hechicero y el veneno han hecho su fulminante efecto –dijo el grueso personaje-. Una parte del invencible ejército de Ubongo es derrotado por el fuego y unos minúsculos dardos. Regresemos con esta apreciada dama a nuestra guarida.

A continuación dos negros cargaron con la mujer sin sentido y se reunieron con el resto de guerreros que detrás de los matorros habían disparado. Todavía no habían guardado sus cerbatanas en su cinturón de piel. La nueva comitiva abandonó el desolador paraje de cadáveres y continuó su recorrido en aquella sombría jungla.

2.El breve viaje de Manfredo.

En Aquisgrán, en el barrio de los delincuentes, siempre dominaba la alegría por la noche. En las ruidosas y malolientes tabernas, borrachos entonaban canciones de carácter obscuro y grotesco mientras sus compañeras, descaradas rameritas de escasa ropa se reían con chillonas carcajadas mientras observaban el tamaño de sus bolsas de monedas. El repugnante hedor de vino de mala calidad se paseaba en jarras por los locales. Las bandejas servidas por seductoritas muchachas mostraban interés por las historias de un guerrero, quien, sentado en una apartada mesa, tenía sobre sus rodillas a una esbelta mujer de macizos senos. En realidad ella estaba esperando el momento en que su cliente se decidiera a compartir una loca noche de amor por unas monedas de oro. El individuo, que explicaba sus viajes por diversos reinos, destacaba por su considerable altura, por su cabello negro, sus sagaces ojos de color castaño y su indumentaria de mercenario que cubría su cuadrados hombros. En el exterior numerosos ladrones se paseaban bajo las antorchas de la calle que procuraban no iluminar excesivamente aquellas estrechas y mal pavimentadas calles. En aislados y oscuros portales los ladrones asaltaban a cualquier transeúnte o pactaban con otras bandas ataques contra nobles.

En aquel instante muchos malhechores desaparecieron entre las calles adyacentes a la principal, pues acababan de entrar cuatro jinetes, cuatro soldados del mismo emperador de Aquisgrán por la coraza que llevaban puesta. Desenvainaron sus espadas, dos entraron en la taberna y el resto se quedaron afuera para vigilar sus monturas.

Localizaron al guerrero y a su muchacha, quienes a su vez vieron cómo se acercaban a él. Su semblante cambió y su alegre humor se transformó en una actitud severa. Los presentes interrumpieron las risas y

bromas ante la imponente llegada de los soldados de Federico II y reinó un tenso silencio por unos interminables segundos, una situación que no era propia de una taberna de ladrones. El que más había avanzado habló.

-Manfredo –dijo-. Su Majestad desea hablar inmediatamente con vos. Os espera una urgente misión.

-¿A estas horas? Sí, sin duda debe ser muy importante. De acuerdo - prosiguió el guerrero mientras se levantaba de su silla y dejaba a la muchacha con un gesto de decepción.

El mercenario se puso su casco y los tres salieron de la taberna para observar a continuación una dramática escena. Un soldado del emperador estaba en el barro. La suciedad no disimulaba una pequeña herida en su brazo derecho. El otro permanecía temblando ante las alargados puñales de cinco delincuentes que entre estrepitosas carcajadas intentaban robar. Entonces irrumpió Manfredo, acero en mano, y con sutilidad puso la punta de su hoja en el cuello del líder de la pequeña banda.

-Atacar a un fiel soldado del emperador es atacar al mismo emperador, Kepstein. –dijo el guerrero-. O sueltas a estos hombres o te atravesaré ahora.

Lentamente el jefe bajo su daga. Defraudados el resto imitó el gesto de su jefe. Los soldados montaron sobre sus caballos con la intención de alejarse del problemático barrio. En cambio Manfredo subió sobre su corcel con tranquilidad pues para él aquel lugar era un reino más por el que se paseaba y había estado en lugares peores anteriormente.

-Tienes buena suerte, Kesptein -dijo el mercenario-. En otro momento te hubiera cortado esa cabeza que solamente piensa y dice estupideces.

Y después de aquellas palabras los jinetes abandonaron aquella sórdida zona de Aquisgrán mientras el líder y sus secuaces lanzaban en silencio insultos a aquel mercenario, conocido en el paraje por su habilidad en el manejo del acero

En la Cámara de Audiencias el emperador Federico II estaba sentado sobre su orgulloso trono. Bajo las escalinatas se paseaba un altivo hombre de raza negra, bastante obeso. Llevaba como vestimenta una larga túnica de color castaño. Sus prominentes ojos destacan en su redonda cabeza y su rechoncho cuerpo que contrastaba con la erguida silueta del dueño de Aquisgrán. En aquel instante la puerta se abrió, un delgado heraldo anunció la llegada de Manfredo y a continuación el guerrero se presentó para reverenciarse ante su señor.

-Mis disculpas, Majestad –dijo el mercenario-. Quizás entenderéis que un guerrero necesite sus momentos de libertad y diversión para obligar el cansancio del combate.

-Lo comprendo –respondió fríamente Federico II-. Tu actitud fuera de los muros de mi palacio, cuando no se presenta un problema, no me preocupa. Siempre has servido bien a mi corona. Aquí está el rey Ubongo IV, el hombre fuerte del Imperio Hinita, en las selvas africanas, más allá del mar y de los desiertos del sur.

El invitado saludó a Manfredo quien también se reverenció.

-Somos amigos desde la infancia –prosiguió el amo de Aquisgrán-. Mi padre conservó el trato y el comercio con el suyo, Ubongo III y estableció una ruta comercial con África. Muchos valiosos objetos de mercaderes se obtienen en su reino. Pero esta vez ha venido para pedirme un favor. Es demasiado arriesgado para un hombre con muchos años como yo y con frecuencia mi brazo vacila en el momento de empuñar una espada. Mis soldados no están acostumbrados a realizar incursiones por reinos extranjeros mientras tú, en tu destierro, has visitado numerosos lugares y has servido como estratega para otros monarcas. Por eso te pido que tú me ayudes, que tú prestes tus servicios a mi amigo en estos difíciles momentos. En el Imperio Hinita soplan oscuros vientos de traición.

-Habladme de vuestro problema, Majestad –continuó Manfredo con cortesía cuando dirigió la mirada al monarca de raza negra.

-Desde la llegada de la dinastía de los Ubongos –empezó a explicarse el invitado -mi reino ha intentado mantener la paz. Reconozco que mi abuelo y yo hemos aplastado algunas tribus que dificultaban las rutas comerciales de N’Loga, la capital, y Egipto. Hace cuatro meses, lancé mis tropas para castigar a los Musumbi, los más belicosos, pero M’Nakara, su jefe, logró escapar durante la matanza. Ahora ha reorganizado a sus partidarios, ha secuestrado a mujeres de mi reino y se ha refugiado en unas montañas. Es el nuevo cubil de ese rebelde. Se ha aliado con un hechicero. No sabemos quién es, sin embargo consigue unir aislados poblados en esa cordillera para preparar una guerra contra mi imperio De hecho puestos fronterizos de N’Loga han sido saqueados. En algunos casos emplean la magia negra y, apenas se ha iniciado un combate, muchos soldados de mi ejército acaban carbonizados, como si un invisible fuego se apoderase de ellos. Intentamos controlar ese problema, pero esta vez no podemos, pues ese brujo, se entera con sus hechizos de nuestro planes de ataque y sus guerreros y él ya están prevenidos cuando nos acercamos a los Montes Usum.

“Además como si alguien también le hubiese avisado... Mi hija N’Bunga... ha sido secuestrada cuando regresaba a la capital. Había ido a Egipto en misión diplomática y esos guerreros asaltaron su comitiva. Amenazan con matarla si no dejamos de asediar su guarida. Estamos en una grave encrucijada, porque si dejamos que se haga fuerte, lanzará sus ejércitos contra N’Loga. Sus hordas arrasarán nuestro imperio. Necesitamos a un hombre fuerte que sepa liderar a mis soldados para

destruir a ese rebelde y para rescatar a mi hija. Cuando hable de eso a mi amigo, él me recomendó a vos porque vuestra espada se ha teñido de la sangre de numerosos conspiradores que intentaban tomar la corona de Aquisgrán.

-Podéis contar con mis servicios, Majestad. Pero un viaje por mar, bordear las costas, evitar los buques piratas y llegar a las costas de África, sin contar con el trayecto para atravesar desiertos y la selva, llevará varias semanas. Cuando lleguemos, quizás...

-No es un problema- interrumpió Federico II-. Ubongo ha venido con su brujo N'Kela. Se encuentra en otra habitación y está esperando el resultado de este encuentro. Utilizaremos su magia y en breves minutos nos desplazaremos al Imperio Hinita.

Los ojos de Manfredo no pudieron disimular la sorpresa.

-Perdón, Majestad -dijo-. ¿No confiamos demasiado en sortilegios?

-Así es cómo han acudido a mi Corte Ubongo y el citado hechicero – replicó inmediatamente Federico II.

-Entonces no debemos perder más tiempo.

Después de las palabras de Manfredo que dejaron en la sala un eco de escepticismo, los dos monarcas y el mercenario se dirigieron a un largo corredor. Durante la tarde el emperador ordenó que nadie se pasease por aquella parte del palacio en la noche. Entraron en una cámara donde se hallaba un hombre de estatura mediana, delgado, con un rostro semejante a un cráneo. Cubierto con unas pieles y armado con una estaca de madera negra se levantó de su silla para recibir a los monarcas y el guerrero. Se dibujo una malévola sonrisa en su labios, parecía adivinar que la entrevista había tenido buenos resultados.

Después de las convenientes presentaciones, los cuatro individuos se encaminaron a la torre principal del edificio, subieron los empinados peldaños de la escalera de caracol y desembocaron en un pequeño balcón. El fresco aire de la noche acarició el rostro de Manfredo, quien todavía se mostraba con desconfiado semblante, sin embargo Federico II debía haber visto ese ritual pues se sentía tranquilo. Sobre los tejados de la casas adyacentes al palacio se reflejaba la plateada luz de la luna.

En las desgastadas losas del balcón el hechicero se arrodilló, pronunció unas inteligibles palabras y con un trozo de tiza roja trazó un círculo. Entonces la suave brisa se transformó en un creciente viento como si amenazara una tormenta de un inexplicable origen. Inmediatamente pidió a su monarca y al guerrero que se pusiesen con él dentro del citado círculo. A continuación alzó sus brazos con su misteriosa vara y pronunció los mismos sonidos. Después de la enigmática invocación, el viento se hizo insoportable durante unos segundos y un siniestro remolino de reducidas dimensiones apareció sobre los muros de Aquisgrán y se dirigió como una imantada fuerza hacia la torre principal. Federico II se encerró pronto

dentro de la construcción, pero tuvo tiempo de ver cómo aquella sinistra corriente de aire se posaba sobre ellos, los absorbía y los arrastraba. El pequeño tornado se levantó por encima de la torre y desapareció de la ciudad. El fuerte viento cesó y la calma volvió sobre la capital del imperio germánico. Cuando Federico II abrió otra vez la puerta, vio que en el balcón el monarca, el brujo y el mercenario habían marchado. Y sobre las losas no queda nada del círculo trazado.

¿Cómo fue el misterioso viaje? ¿Cuál era su origen? ¿Qué ocultas fuerzas de la magia lo ejecutaban? Manfredo no entendía sobre ese tema y siempre lo procuraba rehuir. Solamente notó una invencible sensación de vértigo que duró unos segundos, quizás unos minutos. Los edificios, las formas que había a su alrededor se desvanecían. Tampoco distinguió a sus nuevos compañeros en su nueva misión durante el breve trayecto. Cuando despertó de ese aturdimiento, vio que se hallaba en otro balcón. Estaba tumbado sobre el lecho de piedra. A su lado se comenzaban a incorporar pesadamente el monarca y hechicero. El mercenario también hizo lo mismo, sentía que sus fuerzas escaseaban como si de verdad hubiese realizado un viaje a caballo por un accidentado camino. Se asomó sobre la balaustrada y observó que se hallaba en otra torre que pertenecía a otro majestuoso palacio. Las casas que lo rodeaban eran cabañas de techos de paja sobre paredes de barro, ladrillo o madera. Su calles no estaban bien definidas. En la distancia se distinguían los altivos muros de piedra que protegían la ciudad. Luego habían otras barracas ubicadas de manera aislada, palmeras y la impenetrable selva.

-¡Estás en N'Loga, la capital del Imperio Hinita! -exclamó Ubongo IV mientras sonreía cínicamente ante el hechicero.

La noche seguía, pero esta vez Manfredo notó en su piel una fuerte corriente de calor y empezó a sudar. Su cota de mallas era molesta en esos momentos y demasiado pesada. Miró por unos segundos al monarca y al brujo y empezó a sospechar. Quizás se tratase de otra trampa para alejarle de Aquisgrán. Quizás así podrían acabar con él... el mercenario permaneció callado con una seria mirada dirigida a los dos individuos.

3.Una arriesgada expedición.

La luz del amanecer bañó los muros del palacio y las cabañas de la ciudad. Las enormes puertas de N'Loga que según afirmaban la leyenda, tenían cinco siglos de antigüedad se abrieron para dar paso a una comitiva de jinetes. Encabezada por Manfredo, los soldados de raza negra se alejaron del lugar por una larga calzada, la cual desaparecía cuando la vegetación de la selva empezaba a invadir el terreno.

El mercenario pensaba en los acontecimientos de las recientes horas. Después de su llegada al Imperio Hinita, el monarca Ubongo IV y él estudiaron varios planos de su extenso reino. Señalaron con el dedo las Montañas Usum bordeadas por un abismo, un serio problema pues era como un castillo rodeado de un foso. Sin embargo se decía que el líquido que había allí era de naturaleza oleaginosa e inflamable. Era un punto a favor. El fuego podía ayudar en ocasiones. En un determinado momento entró en la estancia el hechicero y escuchó los ideas que se preparaban. Finalmente iría un reducido grupo de guerreros con el mercenario. Y antes de llegar esos montes, el desterrado intentaría rescatar en solitario a la muchacha y destruir cuanto pudiese esa guarida. Después de la huida, contraatacaría con los mejores soldados a los enemigos. Parecía fácil.

Cuando la comitiva se alejó, un hombre delgado, cubierto por largos hábitos que ocultaban su rostro, contemplaba la escena desde un apartado torreón y luego entró en el edificio para encerrarse en sus aposentos. Allí escribió una breve nota sobre un diminuto fragmento de pergamino. Decía:

“El extranjero de piel blanca ha partido con veinte hombres. No atacéis hasta mi llegada.”

Después se dirigió a la parte más alta de otra torre, donde había un varias jaulas con palomas. Escogió una ave, ató a su pequeña pata el mensaje y la lanzó al aire. Remontó el vuelo y desapareció entre la cálida mañana. A continuación el individuo bajó las escaleras y se volvió a quedar pensativo en su cámara.

La comitiva de castigo se detuvo en un claro de una selva cerca del atardecer. Manfredo ordenó acampar allí y, mientras montaban las tiendas, miró los mapas de la región otra vez. Alzó su vista. Mas allá de aquella verde alfombra de las copas de árboles se elevaba como uñas de un gigantesco cadáver las Montañas Usum. A partir de ese momento el mercenario debía ir solo pues un intruso pasaba más desapercibido que un ejército. La responsabilidad de su nueva misión le quitó su habitual hambre y apenas comió la carne que cocinaban en el campamento. De hecho se sentía preocupado por incendiar una hoguera en la noche que podría atraer a los enemigos o salvajes bestias. Sin embargo intuía que ya sabían que pronto acudiría él. Cuando rescatase a la princesa N'Bunga se encargaría de descubrir al espía que pasaba confidencial información de N'Loga. El plato preferido de aquellos soldados era el jabalí verrugoso, un animal de carne apreciada para sus duros paladares. El mercenario probó unos escasos trozos y vació su vaso de vino

Cuando acababa el pequeño festín, habló con su lugarteniente. Manfredo se dirigiría con las sombras de la noche solamente.

-Si en el plazo de veinticuatro horas no he vuelto -dijo el capitán-, deberéis arrojar antorchas sobre el foso. Esas montañas arderán pronto con esos árboles secos que la salpican.

Y cuando dio las pertinentes instrucciones, el guerrero se encaminó al conflictivo lugar sin el caballo. A pesar de estar endurecido en heladas batallas de norte, supo deslizarse entre el reinante calor por la vegetación como un león para eludir a cualquier enemigo. Pronto se halló ante el foso. y vio cómo enfrente, en el centro, se alzaba una pequeña cadena de montañas. Miró el abismo. Un negruzco líquido de repugnante hedor subía entre las recortadas paredes. Alzó su vista para comprobar que afortunadamente la luna se había ocultado entre espesas nubes y aprovechó el preciso instante para subirse a un árbol con felina agilidad hasta posarse sobre la rama más gruesa. Permaneció escondido entre el muro de hojas por unos largos instantes como un depredador aguarda a su presa. No parecía vislumbrarse vida entre aquellas rocas.

Entonces Manfredo eligió una liana y, después de asegurarse que era la más fuerte y la más larga, se cogió a ella y como un moderno columpio, saltó del baobab hasta un pequeño rellano de la montaña más cercana al abismo. Cuando sus botas alcanzaron el deseado lugar, ciertas piedras fallaron, pero el mercenario conservó la calma y el equilibrio. Se abrazó al saliente y a continuación comenzó a avanzar entre un estrecho desfiladero de accidentados muros hasta desembocar en una promontorio de flamíferas rocas salpicado por agujeros, entradas de caverna o artificiales ventanas. Debía ser el centro de ese guarida como en un castillo era la torre de homenaje. Cuando caminó por una calzada construida por manos humanas, oyó un siniestro silbido. Y entre las sombras aparecieron veinte guerreros Musumbi lanzas en mano. Manfredo estaba preparado para asestar mortales golpes y desenvainó la espada. Entonces apareció un individuo delgado de rostro de cráneo entre los nativos. El mercenario no pudo evitar un gesto de sorpresa pues se trataba de N'Kela, el mismo hechicero del rey Ubongo.

-Ahora comprendes porque mi verdadero señor sabe cuándo atacaba el estúpido emperador – dijo secamente el mago-. Yo era los oídos de los muros del palacio y con mis palomas mensajeras me encargaba de informar.

El guerrero se iba a abalanzar, espada en mano contra el traidor, pero antes el brujo chasqueó los dedos y seguidamente un negro disparó su cerbatana, el pequeño dardo dio en el cuello del adversario. Cayó al suelo sin sentido.

4. Fuego en las montañas

Manfredo despertó en una reducida habitación de piedra. A su lado había una hermosa mujer de raza negra. Sus largos ropajes que antes habían sido un lujo, ahora estaban convertidos en harapos. Por la descripción dada en la Corte, suponía que era la hija del monarca.

-No temas extranjero de piel blanca -dijo ella-. Soy N'Bunga, la hija de Ubongo IV. Estoy prisionera y...

-Sí, sé tu historia... Por eso me encuentro aquí -añadió pesadamente el mercenario mientras se incorporaba de un duro lecho-. Si no actuamos pronto, los soldados que me acompañaban caerán pronto. ¡Y nosotros también!

-No saldremos nunca con vida de este lugar. Estamos en una celda del cubil de M'Nakara. Si consiguiésemos huir, deberíamos atravesar un laberinto de desfiladeros y montañas y luego saltar el inmenso foso...

En aquel instante el lamento de la princesa fue interrumpido porque la puerta se abrió bruscamente. En el umbral apareció el grueso jefe de los rebeldes acompañado del brujo. Detrás se hallaban los feroces Musumbi.

-Sin duda el débil Ubongo te habrá hablado de mí -dijo el líder-. Me llamo M'Nakara y como has podido comprobar el hechicero ha sabido pasarse al bando contrario en el momento preciso. Ni el propio emperador sospecha quien es el traidor todavía. Ahora las aves del hechicero lanzarán el polvo de fuego y los soldados arderán. Tomaré por esposa a esta ramera y en pocos días mi ejército estará preparado para atacar la capital. No han servido de nada los esfuerzos por encontrar a un mercenario de las tierras del norte. Permanecerás en esta celda y serás arrojado al foso. Te ahogará en ese negro lodo de inexplicable naturaleza. Deseaba matarte con un dardo envenenado, como hacemos con los hinitas, pero admiré tu valor para adentrarte en estas tierras. Quizás podrías dirigir como general mis futuras tropas y extender los dominios de Usum. Luego mi hechicero me recomendó que murieras pues serías un peligroso adversario para nuestros planes de conquista y no te convertirías en un traidor.

Después de esas amenazadoras palabras los dos personajes se rieron, marcharon de la estancia y cerraron la puerta. Cuando el ruido de sus pasos se desvaneció por el oscuro corredor, Manfredo examinó la reducida cámara. Solamente una pequeña y alargada ventana era la obertura. Los dos barrotes de hierro estaban clavados en una pared con arcilla. Ese material facilitó la tarea del mercenario el cual empezó a mover los citados barrotes ante la muchacha. Permanecía asombrada por su ímpetu. Entonces saltó una barra, y en pocos segundos con desesperadas energías, la otra. Con cuidado Manfredo asomó la cabeza para ver una muralla, el abismo y en frente otra pared. Salió por el estrecho agujero con la princesa, la cual se

cogió con su brazos a su cuello y a su espalda y, lentamente bajo el amparo de las sombras nocturnas se deslizaron por las rocas que se convertían en improvisados peldaños y era una ayuda para pasar desapercibido ante cualquier fugitivo. Sin hacer excesivo ruido se posaron en un camino, parte del laberinto de los Montes Usum.

De repente se detuvieron y se quedaron escondidos detrás de un pequeño muro, pues oyeron un rumor de voces. Observaron una delgada hilera de guerreros Musumbi que desfilaba por aquella calle natural. Estaba encabezada por el rebelde M'Nakara y N'Kela. El segundo hablaba entre sonrisas.

-Antes del amanecer los soldados que han venido con ese mercenario caerán abrasados por mi polvo mágico -dijo el bujo mientras acariciaba un pequeño saco de su cinturón. Mis aves amaestradas se encargaran de extenderlos entre ellos y pronto prenderé el fuego con el contacto de la piel.

-La muerte de Manfredo será un triunfo y reafirmará más mi fuerza. Ubongo temblará en su palacio y sus soldados se derrumbarán por el miedo, nuestro principal aliado -continuó M'Nakara.

La comitiva desapareció entre la oscuridad y los fugitivos intentaron deslizarse al otro de la montaña que daba por el oeste al abismo. Entonces observaron una abertura de forma rectangular del tamaño de una puerta. Se acercaron a ella y vieron una cámara inundada por la penumbra de unas antorchas. Sobre el suelo había una puente en forma de gruesas tablas de madera, las cuales movidas por unos engranajes se arrastraban por unos rodillos o troncos pulidos y se convertían en el único paso para cruzar el foso. Cuando los guerreros habían entrado o salido era retirado hacia dentro.

Manfredo comprendió que no se podía perder más tiempo, pues pronto descubrirían su fuga, por tanto se debían arriesgar. Pulsó dos palancas de hierro y madera y el puente se movió y se alargó con la ayuda de sus rodillos hasta la repisa del otro extremo. Mientras se ejecutaba la acción el mercenario cogió a la muchacha en brazos y se adelantaron unos breves y cuidadosos pasos. En el reinante silencio de la noche el ruido de esa maquinaria era excesivo y podía delatar su presencia. Cuando salieron por el umbral, un centinela empezó a gritar. Daba la alarma ante la aparición del puente, pues nadie había dado órdenes de ser utilizado en aquellas horas.

En ese momento la pareja de fugitivos había alcanzado la repisa de la jungla de un salto. Una lluvia de flechas empezó a caer sobre ellos y se escondieron entre la vegetación.

-¡Rápido! ¡Ve al sur!-exclamó Manfredo-. Allí están los soldados de tu padre. Diles que acudan inmediatamente aquí.

-Pero... ¿Y tú? -preguntó ella-. Te matarán.

-Intentaré entretener a esos perros antes que empleen sus armas.

N'Bunga obedeció y corrió a través de la espesa vegetación mientras el mercenario conseguía llegar hasta un baobab. Refugiado detrás del grueso tronco evitaría aquella mortíferas flechas. Entonces la incesante lluvia se detuvo de repente porque por el puente avanzaban presurosamente los Musumbi, el hechicero y el rebelde. A su alrededor revoloteaban las amaestradas aves de llamativo plumaje que arrojaban el polvo en sacos entre sus garras. Debían ir a matar a los soldados hinitas del campamento y a los fugitivos antes de informar a Ubongo qué pasaba en los Montes Usum.

Con su habitual habilidad Manfredo trepó por el tronco del baobab y se cogió a una liana. Esta vez no importaba si era demasiado larga. Se lanzó contra los dos cabecillas. Golpeó con sus botas el pecho de M'Nakara y éste cayó al foso con un alarido ante la sorpresa de los guerreros. Intentó mantenerse a flote entre aquel negro barro pero no podía. Se empezaba a ahogar y a levantar sus brazos con desesperados gestos. Entonces el hechicero reaccionó ante el ataque y quiso deslizar su mano en su saco con polvos, sin embargo el mercenario dio media vuelta para golpear su tronco también y N'Kela cayó al foso con un grito ahogado. El mortal producto de su citado saco tomó contacto con aquel denso líquido y pronto el foso se convirtió en un enorme y alto muro de fuego.

Escasos guerreros del puente alcanzaron como pudieron el otro extremo. El resto pereció quemado entre las llamas. Los rebeldes de las montañas se quedaron allí y las llamas se extendieron por la seca vegetación en breves minutos. La mayoría quedó calcinada entre aquel reducto.

Manfredo dejó la liana y saltó sobre la repisa que daba a la selva y comprobó cómo la magia del traidor se había vuelto contra él. Permaneció como un coloso mientras veía el resultado de su misión pues no esperaba que tuviese éxito. De repente oyó un rumor de pasos a sus espaldas y sus músculos se pusieron en tensión. Sin embargo se tranquilizó al observar que eran los soldados que capitaneaba. En un apartado extremo se vislumbraba la cabeza de la heredera del Imperio Hinita.

-Pero... ¿Cómo ha sido posible? –preguntó el lugarteniente con perplejo rostro.

-Te lo explicaré luego -respondió Manfredo-. Tu monarca no tendrá motivos para preocuparse, pues si quedan supervivientes no querrán atacar N'Loga. Ahora regresemos a la capital porque sé que para regresar a mi reino adoptivo tardaré varias semanas a caballo y en barco. ¡No será tan sencillo como mi llegada por la magia de N'Kela!

Francisco Javier Parera Gutiérrez